

—Tuve razon al esperar, figurándome que el ruido la haria salir — pensaba Agostino alejándose.— ¡Si yo no hubiese estado aquí, sus gritos hubieran alborotado á la servidumbre de los hoteles contiguos y me hubieran perdido!

Pasó delante del portero, que, un poco pálido, le preguntó de dónde habia procedido aquel ruido.

—¿Cuál?

—¿No habeis oido un tiro?

—¡Bah!—dijo el marqués.—¡Algún loco! ¡un suicida!

Encogióse de hombros, y, atravesando el umbral, se lanzó á la calle.

XIV

La bala

Al separarse de Andreina, Solignac sentíase turbado y descontento. El dolor evidente de la italiana le daba pena y, no obstante, se reprochaba el haber ido. La romanza de Alvimare le habia parecido un reproche y tenia prisa de alejarse para no oirla más. Apenas habia dado algunos pasos en la oscuridad—porque hasta el pasadizo que conducia á la calle del Mont-Blanc no habia luz alguna—le pareció oir pasos detrás de sí. Detúvose y escuchó, no por inquietud, sino por curiosidad. ¿Quién podia hallarse allí? ¿Por casualidad espiarían al coronel?

Solignac no oyó más y continuó su marcha.

En el momento en que llegó al pasadizo, creyó de nuevo oir ruido. Volvióse quedando de frente al callejon de donde acababa de salir. Su silueta, apenas visible mientras habia seguido la tapia del jardin, se destacaba ya sobre un fondo más claro; un tiro, el que habia oido Andreina, cruzó las tinieblas, y el coronel sintió de repente, en el lado izquierdo, un golpe comparable a¹

de una viga que le hubiese pegado en medio del pecho.

Solignac se tambaleó, pero sin caer; al contrario, por instinto, dió algunos pasos hácia el sitio de donde habia salido el tiro, como para abalanzarse al pescuezo de su enemigo. Al mismo tiempo resonó hácia la calle del Mont-Blanc un ruido de pasos precipitados y la voz de Castoret, que, llena de zozobra, llamaba á Solignac.

El coronel vió vagamente, ó mejor dicho adivino, el largo y delgado cuerpo de Marcial, en el momento en que, en la oscuridad, resonaba nuevamente el ruido seco de una pistola que se arma. Entonces una idea cruzó por el cerebro del coronel: el enemigo que está allí me tiene destinado otro tiro y puede alcanzarme.

Solignac, cuya vista se turbaba ya tal vez, no distinguía nada en la oscuridad, pero Castoret, como si hubiese visto claro en medio de la noche, se precipitó con un grito de amenaza hácia el sitio de donde habia salido el tiro, y Solignac oyó luego la respiración jadeante y los suspiros dolorosos de dos cuerpos que se aprietan.

Castoret se habia arrojado, como un perro sobre su presa, sobre el hombre que estaba allí dispuesto á descargar de nuevo su arma. Un furtivo rayo de luna habia descubierto un momento á Agostino, parecido á un cazador en acecho, y que, allí, en las espesas tinieblas de aquel estrecho callejon, esperaba á Solignac, que debia salir, seguro estaba de ello, por la puertecita del jardin. El marqués, al principio,

no habia tenido más idea que dar una puñalada al coronel; así no habria ruido, sino un golpe rápido y una muerte oculta. Pero ¿estaba seguro de herir bien?

Si atacaba á Solignac antes que hubiese salido del callejon, la oscuridad le impediría asegurar el golpe, y si esperaba á que el coronel llegase al pasadizo, la luz permitiría ver á un hombre en acecho. Lo mejor era dejar primero que pasara Solignac, y, renunciando al puñal, tirar en cuanto la silueta se dibujara en el callejon, formando un blanco iluminado por la luz rojiza de un reverbero.

Eso fué lo que hizo Agostino. Reteniendo el aliento, mientras que Solignac pasaba invisible, apuntando lentamente cuando el coronel apareció á la entrada del pasadizo, el marqués habia calculado que dejando allí el cadáver de Solignac—después de haber completado con el puñal la obra de la pistola—tendría tiempo de llegar á la calle del Mont-Blanc y desaparecer mucho antes que la alarma hubiese cundido, y que acudiese gente á aquellos terrenos desiertos que existían detras de los jardines.

Castoret, saltando de repente y cogiendo con furor á Agostino que se habia incorporado, hizo retroceder de repente al marqués. El italiano se sintió sujeto fuertemente por unas manos nudosas, de las que una le apretaba el cuello, mientras que la otra le retorcia la muñeca para arrancarle la pistola que acababa de armar. Castoret aplastaba contra la dura culata de la pistola los dedos de Ciampi, que, con su

mano izquierda, buscaba el puñal que llevaba oculto. Pero una presión más fuerte del húsar obligó al marqués á soltar el arma, que Castoret, al arrancarle, dejó caer, lanzando un juramento.

Si hubiese conservado la pistola, le hubiera roto la cabeza con ella, y le era imposible buscarla. El limosino tenía cogido á su enemigo, y no quería dejarle en libertad ni un momento.

Solignac oía el ruido confuso de aquella lucha. Quería acercarse á la oscuridad, en donde se agitaban las dos sombras; pero una repentina debilidad se había apoderado de él.

Una imprecación llegó hasta sus oídos, lanzada por el italiano, y seguida luego de un grito de ira y dolor escapado á Castoret. Era Ciampi, que habiendo podido coger su puñal, había herido con él á Marcial.

El golpe, felizmente amortiguado por los cordones que llevaba el húsar, había profundizado poco entre el cuello y la espalda, pero lo bastante, sin embargo, para que Castoret soltara su presa.

Sus rudas manos se aflojaron y Agostino se aprovechó de ello para arrojarle de un salto hacia la parte más oscura del callejon.

Marcial, poco herido, indudablemente le hubiera perseguido; pero al volverse hacia Solignac le vió tambalearse y á punto de caer. Retrocedió entonces en dirección á él y le cogió entre sus brazos.

—¿Sufres? ¿Te duele algo?—le preguntó volviendo á ser de repente para el coronel su her-

mano de leche, el compañero de su infancia. Solignac no contestó.

—Vamos—dijo Castoret—¡Haz un esfuerzo! ¡Es preciso salir de este pasadizo que es una madriguera! ¿Puedes andar?

—Sí—repuso Solignac.

—¡Si no puedes, yo te llevaré!

El sonido de la voz de Castoret tenía algo de rudo que dejaba adivinar una de esas adhesiones completas y una de esas zozobras que no son comparables más que al terror de la madre á la cabecera de su hijo moribundo.

Hizo que Solignac se apoyara en él y lentamente, mirando á su alrededor por si algun nuevo peligro le amenazaba por detrás, fué avanzando, sosteniendo al coronel, hacia la calle del Mont-Blanc, que era su salvación.

En aquel momento fué cuando Andreina vió en el pasadizo á los dos hombres casi tambaleándose y cuando Ciampi se arrojó sobre su hermana, obligándola á callar.

—¡Y no he visto la cara de ese bribon!—repetía Castoret á cada paso.

Solignac, gravemente herido—así lo comprendía—conservaba, sin embargo, una calma sorprendente, y su herida le inquietaba menos realmente que este misterio: ¿Quién ha sido el que ha disparado?

Sus fuerzas iban debilitándose poco á poco, sentía en el costado un calor especial, y al llevarse la mano al pecho salió humeante. Era de su sangre.

—Marcial—dijo con voz débil,—¿adónde me

llevas? ¡Dentro de pocos minutos no podré dar un paso.

—¡Valor!... ¡Valor!— repetía Castoret. — La calle está ahí... ¡mira... ahí!

Solignac, al apoyarse sobre el soldado, se iba haciendo más pesado. Castoret, que también se desangraba, se bajó bruscamente, cogió al herido con una fuerza sorprendente, y levantó al magnífico Solignac, al *hermoso coronel*, como lo hubiera hecho con un niño, y con un enorme esfuerzo, lo llevó unos cuantos pasos, hasta que, rendido, cayó de rodillas, y Solignac a su lado como si fuese á desmayarse.

—¡Trueno de Dios!—dijo el coronel tratando de incorporarse.—¡Soy acaso una mujer?... Un agujero en la piel reduce acaso á un soldado al estado de trapo?

Quiso avanzar y el brazo de Marcial le sostuvo, porque iba á caerse.

—¡Felizmente estamos salvados!—dijo Castoret.—¡Allí está la salvación!

Y señalaba una gran puerta cerrada cuyo pesado llamador se hallaba casi al alcance de su mano.

Solignac miró á Castoret con aire azorado.

—¡Allí!—dijo.—¡Allí, es el hotel de la condesa de Farges!

—Acaso tenemos tiempo de volver á nuestra casa. Catalina Magnac me ayudará á cuidarte.

Castoret, que sostenía á su coronel, lanzó de repente un grito al ver que se abría la puerta del hotel de Andreina y un hombre salía bruscamente de él.

Con el traje todavía en desorden y la corbata deshecha, Castoret le conoció, ó mejor dicho, un irresistible instinto le advirtió que era aquel con quien había luchado momentos antes.

Por lo demás, al ver el grupo formado por Solignac herido y el soldado, el hombre saltó hácia atrás, como si de repente hubiese caminado sobre una serpiente y se alejó rápidamente hácia el boulevard, desapareciendo en seguida por la esquina de la calle de la Victoria.

Pero por mucha prisa que hubiese puesto en alejarse, Agostino había sido conocido. Un pensamiento terrible cruzó por la imaginación de Solignac, que, de repente, asoció á Andreina á su hermano y dijo á Marcial con una expresión extraña y palabras entrecortadas y febriles:

—Verdaderamente tenías razón, *Marcialon*, el amor de la mujer morena es mortal.

—¿Acaso las cartas podían mentir?— repuso tristemente el soldado.

Quiso, para llegar al llamador del hotel, que Solignac, cuyo rostro cadavérico le asustaba, avanzara un paso, pero lanzó bruscamente un grito: el coronel, inerte, como muerto, cayó en brazos del húsar, quien, loco de terror, le estrechó contra su pecho y puso el oído sobre la boca de su amigo, de su hermano, para distinguir un aliento, un soplo, un átomo de vida que le probara que Solignac no había muerto.

La condesa de Farges se quedó sorprendida y violentamente inquieta cuando su doncella le

anunció que acababa de ser trasladado al hotel un herido, y que el herido era el coronel Solignac.

La condesa Luisa sintió una emoción mucho más profunda de la que en otra ocasión cualquiera hubiese experimentado. ¡Cómo! ¡á Enrique de Solignac, á quien había visto pocas horas antes, risueño, admirado, amable y encantador, acababan de depositarle moribundo en la cama del portero del hotel! ¿Qué drama conducía al hermoso coronel junto á la condesita? Aquel tiro que había oído poco antes, mientras que sola y pensativa estaba tocando el arpa, ¿había sido disparado contra Solignac?

La condesa dió rápidamente las órdenes necesarias para que el coronel fuese trasladado á otras habitaciones y para que fueran en seguida á buscar un cirujano.

El herido ya había designado el que deseaba, que era un hombre joven todavía y ya célebre, un limosino, de quien era amigo, un compatriota suyo.

El señor Lanjallais, mayordomo del hotel de Farges, á quien el anciano señor de Navailles apreciaba mucho por sus humos aristocráticos y sus conocimientos heráldicos, no pudo menos de poner mala cara cuando al día siguiente, en el momento de levantarse el señor de Navailles le dió la noticia.

—Señor marqués, la señora condesa ha convertido uno de los salones del hotel—la salita azul—en enfermería.

—¿En enfermería?—dijo el marqués de Na-

vailles.—¿Y quien ocupa esa enfermería, señor de Lanjallais?

—¡Un coronel!

—¿Un coronel? ¿Un soldado de Bonaparte? ¡En mi casa!...

—Sí, señor marqués,—dijo Lanjallais con aire de profunda desolación.

—¿Y qué tiene ese coronel? ¿Una herida?

—Sí.

—¿Grave?

—Muy grave. El doctor Dupuytren, que ha venido ayer, lo ha declarado así.

—¿Acaso algún carruaje de la condesa ha atropellado á ese militar?

—No, señor marqués. ¡El coronel ha sido víctima, aquí cerca, de una tentativa de asesinato!

—¿Un asesinato?

—A veinte pasos del hotel.

El anciano señor de Navailles se echó á reír con una risita seca y burlona.

—¡Y eso es lo que llaman los beneficios del nuevo orden de cosas!—dijo encogiéndose de hombros. En 1740, año de mi nacimiento, París estaba más seguro que hoy ¡vive Dios! ¡Hubiera sido fácil que entonces asesinaran á un coronel de Su Majestad! Los ladrones respetaban el uniforme de los oficiales del rey. O mejor dicho, señor Lanjallais, los oficiales se hacían respetar. Esa es la verdad; ¡pardiez!; éramos otros hombres nosotros, de otra pasta y de otro temple que estos señores! ¿No os parece lo mismo?

—El señor marqués sabe perfectamente que

esa es mi misma manera de ver. ¡La revolucion lo ha echado á perder todo!

—¡Asesinado! ¿A qué hora? ¿Por la noche? ¿Y han avisado á la *marechaussée*? (1) ¡Qué necio soy! Los impertinentes han suprimido todo eso. ¿Un coronel del imperio? ¡Y mi nieta recoge á esas gentes bajo mi techo! ¿Cómo se llama ese coronel?

—¡Enrique de Solignac!

El rostro anguloso del señor de Navailles se iluminó.

—¡Del mal el menos, es *noble*, ya es algo!

—No conozco familia noble que lleve ese apellido—dijo Lanjallais, que sabia de memoria todo el blason de Francia.

—La verdad es que... ¡Solignac! ¡Solignac! Si hubiera sido de los nuestros no habria servido al usurpador... ¡Pero qué eterna loca es la condesa! Me direis Lanjallais que no se puede dejar morir á las gentes que asesinan en medio de la calle... pero á lo menos se trata de que los heridos que se escojen tengan el derecho de conservar la particula *de* ó lleven un título cualquiera. Unicamente esos heridos son dignos de inspirar interés.

El señor de Navailles podría estar descontento pero la *condesita* estaba encantada. No le disgustaba representar el papel de hermana de la caridad, y además, que en el fondo del alma estaba realmente inquieta por Solignac.

(1) Compañía de soldados á caballo para perseguir y prender á los malhechores, vigilar los caminos, etc.
—(N. del T.)

El coronel, al volver en si de su primer desmayo, habia querido verla y darla las gracias, despues habia rogado que le dejaran solo con Castoret.

—Marcial—le dijo— entiendo demasiado de heriuas para no comprender que esta es peligrosa. Si muero...

—¡Vos?... ¿Tú?

—Déjame hablar. No quiero que se sospeche quién ha sido el que ha disparado contra mi. Si me restablezco, yo sabré tomarme la justicia por mi mano. ¡Si sucumbo, que lo castigue Dios! ¡Pero á lo menos, á la mujer á quien he amado... ó que me ha amado,.. no la molestarán! ¡Yo no diré nada de lo que sé; júrame, á tu vez, que no lo dirás!

—¡No decirlo?... Dejar en libertad al tunante que...

—Ese es hermano de aquella mujer, y quiero que todo quede ignorado.

—¡Pero á lo menos no me exijas que, si ese miserable llega á estar al alcance de mi sable, deje de partirle la calcaza!

—Sobre este punto te dejo en libertad de hacer lo que quieras, mi buen Marcial. ¡Consiento en que me vengues, pero no quiero que le denuncies!

—Bueno—dijo Castoret con visible mal humor.—¿Es decir que habré visto caer al hombre que más quiero en el mundo, habré recibido en el cuello una herida que me hubiese mandado al otro mundo á no ser por los cordones, y no tendré el derecho de hacer cortar el cuello á ese tunante?

—Esa es mi voluntad—repuso Solignac.

—Entonces hemos concluido. La consigna es *mutis*. Me callaré. Pero me figuro que por eso no se salvará.

Momentos despues de esta conversacion, el doctor Dupuytren fué á examinar la herida de Solignac. Conocía al coronel del primero de húsares y Solignac le apreciaba mucho, hasta le habia ofrecido hablar á Napoleon á fin de que el jóven cirujano estuviera al servicio de la persona del emperador, como Corvisart que estaba en aquel momento en Schenbrunn con el estado mayor imperial.

En aquella época Guillermo Dupuytren tenia treinta y dos años. Practicante á los diez y ocho años y jefe de los trabajos anatómicos de la facultad de Medicina á los veinticuatro, era ya cirujano segundo en el Hotel-Dieu.

De alta estatura, moreno, de cabeza enorme, ojos duros, sonrisa altiva, mordiéndose generalmente las uñas de su mano izquierda, aire sombrío, voz cariñosa y bien timbrada, todo hacía adivinar en él «un sabio.»

—*Bonjour pois*—le dijo sonriendo el coronel, hablando en dialecto limosin, cuando el cirujano entró en la salita azul, en donde la señora de Farges habia hecho colocar un lecho para el herido.—Miradme, creo que teneis que habéros-las con una herida grave.

Dupuytren, levantando la sábana habia descubierto el lado izquierdo del busto de Solignac, de aquel magnífico busto hercúleo y elegante á la vez, y examinaba la herida interrogando de

cuando en cuando á Solignac, cuyas respuestas lentas, pero claras y esplicitas, eran pronunciadas con voz muy débil.

Solignac contó á Dupuytren lo que iba á declarar luego á la justicia. Un tiro, disparado no sabia desde dónde, le habia herido en la oscuridad y habia caído, ignorando qué enemigo desconocido podia haber intentado asesinarlo de aquel modo.

—¿Y no sospechais?...

—De nadie.

—Bueno—dijo Dupuytren,—eso concierne á los magistrados. ¡Yo aqui no he venido más que á curar!

Se habia inclinado sobre la herida, colocada entre la tercera y cuarta costilla y que tuvo que reconocer con el estilete.

Solignac permaneció impasible y como una sonrisa algo burlona asomaba á sus labios, parecia no sufrir.

El cirujano guardaba silencio, mientras que Castoret, de pie, y Catalina Magnac, una morena bajita, regordeta, de ojos negros y tez fresca, interrogaban con la vista sus ojos, para leer en ellos el secreto de la herida del coronel y saber si era preciso alarmarse ó esperar.

—Y bien, coronel—dijo Dupuytren,—tendreis que estar en la cama mucho tiempo. Os recomiendo la inmovilidad más absoluta. Vendas de hilo fino alrededor del cuerpo, aplicaciones refrigerantes y sangrias. No necesito prescribir la dieta.

—¿Sangrías?—dijo Solignac sin dejar de sonreír.

—Seguramente, para disminuir la tensión del sistema vascular, y si queréis ahora mismo...

Solignac alargó su brazo izquierdo, blanco y robusto á la lanceta de Dupuytren, quien una vez practicada la sangría, dejó al herido algo debilitado, pálido, frío y con una ligera cianosis en los labios. La sangre que salía de la herida del coronel se había detenido en cuanto le colocaron en posición horizontal.

—Vamos, hasta la vista—dijo Dupuytren alejándose.—No hay nada de inquietante.

Solignac contestó con voz que por momentos se debilitaba. Sentía una deliciosa impresión de calma y amodorramiento. Aquel hombre, acostumbrado á la acción eterna excesiva, experimentaba una especie de bienestar en aquella parada obligatoria que le clavaba allí, bruscamente, sobre aquel lecho ensangrentado. El mal tiene consuelos inesperados; pareciale al coronel que dormía un sueño delicioso, en que las miserias del cuerpo desaparecían para no dar lugar más que á las alegrías del alma.

Al separarse de él, Dupuytren había movido la cabeza con aire poco tranquilizador.

—¿Y bien?—dijo Castoret.

—Pues bien, será preciso cuidarle mucho si no se quiere verle morir.

—¡El!... ¡Solignac... morir!...

—¿Habeis examinado, doctor, la herida de Castoret?—interrumpió Catissu señalando á Marcial.

—¿Estais herido tambien?

—Un rasguño...; pero él, ¡él!

—Veamos el rasguño.

Dupuytren hizo un gesto despues de mirar la herida.

—Eso no es nada, pero hay que tener cuidado. *¡Soignas-vous bien!*

—¡Bah!—dijo Castoret.—¿Qué es lo que arriesgo?

—¡Aunque no fuese más que la gangrena!

—¡Ah! *paubra may* que me importa quedarme si él se vá!

—Entónces, cuidate, te digo, *Limouggau*, si quieres poder cuidar á tu coronel.

Y Dupuytren se sentó ante una mesa para escribir su receta.

—*¡A dicha!*—dijo luego en ese dialecto limosin que tanto le gustaba hablar.

Al día siguiente, Dupuytren quiso tener una consulta con uno ó dos de sus colegas. Había reconocido en el coronel una herida particularmente grave y complicada con una especie de incrustación de la bala en la región del corazón.

Quando los cirujanos llegaron—eran tres,—Castoret les dijo casi alegremente:

—El coronel sigue bien. No ha dejado de dormir.

—*¡Diable!*—dijo Dupuytren.—No le dejéis demasiado tiempo dormido. Hay que temer síncope mortales y, durante el sueño, puede sobrevenir uno de ellos.

Castoret se estremeció.